



III

Las gitanas.

Como se inflama un reguero de pólvora difundióse por todo el ejército del duque de Berwick la nueva desaparición de Lagardère.

Para honrar los restos de aquel valiente que podía haber muerto combatiendo, examináronse á presencia del mismo Duque todos los cadáveres españoles y franceses antes de proceder á su entierro; pero el de Lagardère no pareció, con gran consternación de sus compañeros de aventuras, y sobre todo de Chaverny, que no había tenido tiempo de decirle lo que sabía respecto de Aurora. El misterio de aquella desaparición trastornó de tal modo al Marqués, que no era capaz de tomar una resolución.

—¿Qué pensáis hacer, caballero?--le preguntó el Mariscal.

—Si he de decir la verdad, no lo sé, monseñor. Pero si Lagardère no regresa pasado mañana, no aguardaré más.

—¡Ah! ¿Creéis que ha muerto el pequeño?— exclamó Cocardasse con su voz de Estentor.— ¡Mal pecado! ¡No creáis semejante cosa, señor marqués de Chaverny! ¡De otras más duras se ha librado el pichón! ¡Ya volverá, ya! ¡Vive Dios!... Si hay quien quiera apostar conmigo cincuenta botellas de vino á que vuelve...

—Yo las apuesto—dijo alegremente el Príncipe de Conti,—y tú las beberás, amigo.

—¡Ahora mismo! ¡Sangre de Cristo! ¡Precisamente me muero de sed! ¡Tan cierto como me llamo Cocardasse! Pero ¡voto á sanes! ¡No descorcharé ni una en tanto que Lagardère no pueda trincar conmigo!

—¿Y cuándo crees que será eso?

—Pues de aquí á tres ó cuatro días todo lo más. En todo caso, como podremos serle más útiles en otra parte que aquí, opino que debíamos ir á dar una vuelta por ahí. ¿Qué te parece, Amable?

Passepoil admiraba demasiado la facundia de su hermano de armas para darle un feo ante los principales jefes del ejército, y se apresuró á responder:

—¡Ojalá! ¡Para ser normando, nõ eres muy bruto, pequeño!

—Y tú eres bastante inteligente para ser gascón.

—Tienes razón, mi noble amigo Cocardasse. ¡Hay que ir á buscarle!

—¡Mal pecado! Todos me lo han dicho siempre. Sin lisonja, mi querido Passepoil, no hay otros como nosotros dos para conocer bien y adivinar las vueltas de ese picarón de parisiencito.

—Verdad es.

—Yo podría deciros, señores, dónde cenará esta noche Lagardère, si es que se detiene á cenar; que no se detendrá, porque lleva mucha prisa.

—¿Dónde?—preguntó el Duque.

—Preguntadlo al señor marqués de Chaverny, que le ha firmado la hoja de ruta.

El Marquesito se dió una palmada en la frente.

—¡Tienes razón!—dijo.—Le he enterado de que mademoiselle de Nevers está prisionera en una torre de la sierra de Gudar. No hay que buscarle en otra parte. ¡Vamos á Teruel!

—¡Despacio, despacio!—insinuó el gascón.—Vamos á proceder con orden estratégico, como decía el capitán preboste de mi regimiento. Á vos el mejor puesto, M. de Chaverny. Iréis

30123

por el camino de la frontera, pero en dirección á Huesca. Antonio se dirigirá hacia Burgos, y Passepoil y yo, por Zaragoza, hacia Teruel.

—¿Y con qué objeto hemos de separarnos?

—Para tener la seguridad de encontrarle, ¡voto á bríos! Cuando llegáramos juntos á Gudar haría mucho tiempo que el pichón habría volado con las palomas. Vos sois el que más probabilidades tiene de encontrarle, pues sin duda se dirigirá hacia la frontera para ponerlas á salvo. Si se dirigiese hacia Pamplona, le encontráremos nosotros, y tendremos el honor de escoltarle. Y en cuanto á Laho, no sé qué presentimimiento me dice que algún provecho sacará de su viaje á Burgos.

—¡Bien razonado!— afirmó el mariscal de Berwick.

El gascón estaba más ufano con su plan que un general que acaba de preparar maduramente el de una batalla decisiva, máxime al recibir la aprobación del Duque. Retorcióse los bigotes, arqueó el brazo izquierdo apoyando la mano en la empuñadura de su espada, y adelantó la pierna como para ponerse en guardia.

El Capitán general le golpeó familiarmente en la espalda y añadió:

—Has discurrido muy bien, amigo; pero parece que te has olvidado de una cosa que es algo

esencial en mi opinión: que nos encontramos en país enemigo. ¿Crees que aislados vais á poder atravesar media Castilla, toda Navarra y todo Aragón sin que os detengan en el camino?

El gascón iba á encogerse de hombros; pero recordando que ese gesto era inconveniente ante tan alto personaje, se contentó con sonreír y dijo con énfasis:

—¡El *Real-Lagardère* pasa por todas partes! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Los que traten de detenerle no van á poder contarle á sus vecinos!

El Duque soltó la carcajada.

—Entonces, ¿respondes del resultado?— preguntó.

—Que monseñor de Conti haga preparar las botellas, y yo os respondo de que á la vuelta Cocardasse tendrá sed. Pero si por casualidad el *parisiencito* llegase antes que nosotros, lo que muy bien puede ser, hacedme el favor de decirle que beba algunas á la salud de su antiguo maestro.

Todos estrecharon la mano al gascón, que recibía los apretones de manos como vencedor á quien es un deber felicitar, creciendo cien codos á los ojos de Passepoil. Chaverny no oponía dificultad alguna para seguir el plan del diestro, y en breve los cuatro estuvieron á caballo. Cocar-

dasse saludó majestuosamente con su sombrero nuevo.

—¡Hasta la vista, señores míos—exclamó,—y no os quepa duda de que el *Real-Lagardere* volverá completo y con todos los honores!

El duque de Berwick se volvió á su alojamiento murmurando:

- ¡Con hombres así, la guerra es sólo un juego de chiquillos!

Después de concertarse sobre el modo de operar y de citarse para la vuelta se separaron, y Chaverny por su lado partió á galope con la confianza de ver muy pronto á su amada, ó de saber por boca del mismo Lagardère que se hallaba á salvo y en lugar seguro con Aurora de Nevers.

La misión al parecer más sencilla, aunque en realidad la más difícil, y la que quizás él solo de los cuatro podía cumplir, era la de Antonio. Hablaba el español correctamente desde niño, y su traje vasco no podía llamar la atención de nadie. Trataría de evitar el encuentro con Gonzaga y sus secuaces; pero aunque los halláse y le reconocieran no podrían recelar de él, puesto que ignoraban que se había hecho fiel compañero de Lagardère.

Tropezó con algunos grupos dispersos de soldados de caballería y de los que huyeron

aquella misma mañana ante San Sebastián, y habló con ellos indicándoles el lugar en que más probablemente hallarían el núcleo de su regimiento; y al otro día por la tarde, al anochecer, entraba en Burgos. Recorrió algunas calles una vez dejado el caballo en el mesón, habló con varios mendigos sonsacándoles lo que pudo, y se fué á dormir, que bien lo necesitaba, pues la caminata había sido ruda, y por atajos y veredas que hacían más penosa la marcha.

Á la mañana siguiente volvió á sus pesquisas, y adquirió la certidumbre de que el caballero no había parecido por Burgos, lo que le produjo una gran irritación contra Cocardasse, á quien acusaba de haberse reservado la mejor pieza dándole á él un hueso: decidió que por aquel viaje inútil á Burgos tendría una explicación seria con el gascón.

—Tengamos paciencia un día más; pero si hasta mañana á la tarde no he visto nada, volveré al ejército, y en caso en que el caballero Lagardère no haya parecido, yo le buscaré por mi cuenta, y veremos quién de los dos, si Cocardasse ó yo, encuentra á nuestro jefe. ¡No faltaba más! Decididamente, ese gascón es muy parlanchín. Confieso que se bate bien cuando hace falta; pero no sucede lo mismo cuando habla ú obra.

Antonio vagó entonces por calles y plazas sin tomarse la molestia de preguntar más, y aquella noche no durmió muy bien, lo cual hizo que se despertase con un humor de todos los demonios. Sin embargo, al llegar la hora que se había señalado para el regreso no pudo resistir á la tentación de dar otra vuelta por la ciudad.

Apenas llegó á la calle fué asaltado por gran número de pordioseros; una chiquilla de unos once años se pegó á él como una lapa, no obstante las negativas del vasco.

—¡Ya te he dicho que perdones!

—¡Aunque no sea más que un cuarto, por el amor de Dios!

—¿Y que vas á hacer con un cuarto?

—Guardarlo para comprar una pandereta y bailar como la gitanita que está bailando ante la Capitanía General.

Las gitanas hormiguean en España: sin embargo, sin darse cuenta del por qué, Antonio se estremeció al oír aquellas sencillas palabras, y preguntó con viveza:

—¿Baila bien?

—¡Oh! ¡Á las mil maravillas! Son dos; pero la otra no baila y parece muy triste: hasta me pareció que lloraba.

—¡Vamos á verlas!

¿Por qué se le ocurrió la idea de que podían

ser las dos damas que él había tratado de liberar en Bayona? Lo cierto es que apresuró de tal modo el paso, que la desmedrada chiquilla tuvo que trotar para seguirle. Llegó á la plaza, asomó la cabeza al corro y se estremeció otra vez. ¡Éran ellas! Pero ¿cómo estaban allí solas, mientras Lagardère las buscaba en Gudar? ¿Por qué, vestidas de gitanas, se veían reducidas á mendigar?

Su primer pensamiento fué atravesar por entre al multitud y darse á conocer; pero reflexionó que no era sitio á propósito para ello, y se contentó. Cesaron de bailar, y las siguió hasta la posada. La chiquilla no se separaba de él.

—¿Quieres ganarte la pandereta de una vez, una pandereta muy maja, sin tener que recoger cuarto á cuarto?

—¿Qué hay que hacer?—preguntó la mendiga radiante de satisfacción.

—Poca cosa: entrar en la posada, decir lo que vas de parte de una señora para hablar á esas gitanas.

—Pero mentiré.

—Será una mentira muy chiquirritita, que te perdonará en seguida el cura. Además, la mentira ó la pandereta: escoge.

—Escojo. ¿Y qué más?

—Bueno; cuando hayas entrado en el cuarto

de ellas les dices—á ellas solas, ¿eh?—si quieren recibir inmediatamente á uno que se llama...— Y titutebeó un instante.

—¡Ah—repuso la pequeña maliciosamente.— ¡Ya! ¿Te has enamorado de ella? ¿De cuál de las dos?

—¡No te importa! Les dirás si quieren recibir á Antonio Laho.

—¿Y qué más?

—Nada más. Cuando me traigas la respuesta te daré dos pesetas para que te compres la pandereta más hermosa que haya en Burgos. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no dirás á nadie una palabra de todo esto.

Con uno de esos gestos majestuosos que tienen hasta los niños en España, y que hizo sonreír al vasco, la chiquilla hizo una cruz con los índices de ambas manos, y besándola con fervor dijo:

—¡Lo juro por el Santo Cristol

Y señaló con un dedo la catedral, que erguía sus admirables torres á poca distancia.

Una vez jurado penetró ligera en la posada, y un cuarto de hora después había recibido un beso y las dos pesetas prometidas, saliendo á escape en busca de su codiciado pandero, mientras

Antonio era recibido con el mayor júbilo por doña Cruz; y Aurora, acurrucada en un rincón y temblorosa, cual pájaro herido, le preguntaba:

—¿Dónde está Enrique de Lagardère?

El vasco comprendió que de su respuesta dependía el devolver la calma y la esperanza á la damita, y respondió sin vacilar:

—Hace cuatro días estaba con nosotros; se separó de nuestro lado para ir á buscaros.

—¿Dónde? ¡Virgen Santa! ¡Haced que no haya llegado á Gudar cuando se desplomó la torre!

Al verla retorcerse las manos afligidísima comprendió Laho que algún nuevo drama se había representado en Aragón, y quiso tranquilizarla diciendo:

—El caballero se marchó solo y sin decirnos á dónde; pero á estas horas ya se habrán reunido con él el señor de Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Puede ser que ya estén regresando hacia el campamento.

—¿Hacia el campamento?

—Sí; el ejército francés ha entrado victorioso en España, tomando á San Sebastián, y M. de Lagardère es jefe de un regimiento que ha contribuído á la victoria.

—¡Cómo!—exclamó ufana y radiante la Duquesita.—¿Es coronel Enrique?

—No he dicho eso. No es coronel, ni siquiera capitán, porque ha rehusado esos grados. Es simplemente jefe del regimiento *Real-Lagardère*, formado por cuatro hombres: el señor marqués de Chaverny, Cocardasse, Passepoil y yo.

—¡Siempre heroico! ¡Siempre temerario!

—¡Ah! ¿Chaverny está con él? ¡Hermanita, vamos á reunirnos con ellos; nuestra presencia los envalentonará todavía más!

—¡Calla! Si al ir á reunirnos de nuevo una bala nos los arrebatara para siempre...

—¿Estáis ahora en libertad?

—Como pájaros escapados de su jaula.

—Y á los que acechan nuevos peligros—añadió Aurora.—Pero ¿cómo estáis aquí vos? ¿Quién os ha enviado?

—La Providencia, indudablemente, para ayudaros con todas mis fuerzas. Pero sería largo de contar.

—Contadlo ahora mismo, y luego os contaremos nosotras lo que nos ha sucedido—exclamó Flor.—Necesitamos ponernos al corriente.

Bien sabía Antonio que las paredes oyen, sobre todo en las posadas y hosterías: así, antes de comenzar su relato se aseguró de que nadie escuchaba á la puerta, y llevando á las damas al centro de la habitación, en voz baja las puso

al corriente de cuanto había hecho el caballero desde su llegada á Bayona.

Se calló un instante porque oyó pasos en el pasillo. Era un hésped á quien la mesonera conducía á su aposento.

Doña Cruz relató á su vez la enfermedad de Aurora y su reclusión en Aragón, las promesas de Mariquita, y su desconsuelo al no recibir las anunciadas visitas de Chaverny y de Lagardère, y, por último, su evasión y su llegada á Burgos dos horas antes.

El vasco escuchaba atento y meditabundo. Al terminar Flor preguntó:

—¿Qué ha sido de Peyrolles?

—Creemos que murió sepultado entre las ruinas—respondió doña Cruz.

—¡Dios lo quiera!—murmuró Antonio.

—¿Y qué vamos á hacer?—pregunto Aurora.

—Mañana al a ba os reuniréis conmigo en la Puerta de Vizcaya, donde tendré preparadas mulas y todo lo necesario para el viaje, y quizás mañana mismo, ó si no pasado, os habré puesto en manos de M. de Lagardère y de Chaverny, ó por lo menos al amparo del señor duque de Berwick. En el real de Francia no tendréis nada que temer de Gonzaga ni de Peyrolles.

—¡Oh; de ése!... ¡Una vez muerto!...

—Mientras no vea su cadáver desgarrado

por el pico de un buitre—replicó sentenciosamente Laho,—no creeré que ha muerto. ¡Ese hombre tiene siete vidas como los gatos!

—No hemos visto su cadáver; pero todo hace creer que no podía sustraerse á su suerte—afirmó Cruz.

—La espada de Lagardère no estaba allí para marcarle con la estocada de Nevers —añadió Aurora.

—No estaba lejos, porque allá se dirigía para salvaros.

—Si Peyrolles no ha muerto, mi querida Flor, pudiera ser que no estuviésemos aún en salvo.

Antonio comprendió que había sido imprudente llevando la inquietud al ánimo de las doncellas, las cuales habían caído una en brazos de la otra, y para devolverles la tranquilidad y alentarlas exclamó:

--¡Bah! Si se ha salvado del derrumbamiento, es casi seguro que tropezaría con Lagardère, quien le habrá puesto en situación de que no pueda perjudicaros más. Sin embargo, si le halláramos en el camino, con mi puñal sabría hacerle á un lado para tener paso franco. ¡No temáis!

Y con esto se despidió de las doncellas, dejándolas entregadas á sus oraciones nocturnas.



IV

Á navajazo limpio.

Un hombre con la oreja pegada al delgado tabique de la habitación ocupada por las dos damas había podido oír la conversación, y sus labios dibujaban una sonrisa insolente, casi satánica.

No; las jóvenes no habían visto el cadáver del factótum de Gonzaga, pues el hombre que estaba allí en el vecino aposento era Peyrolles. Al alejarse de las ruinas que debieron servirle de tumba reflexionó el honrado mayordomo que no tenía para qué ir á Madrid y que le convenía dirigirse á la frontera, en la cual suponía peleando á su amo y con la espada tinta en sangre francesa. Suponía que la fuga se había realizado de acuerdo con Lagardère, y así se explicaba su presencia al lado de Mariquita